

de personas respetables se altere en ninguna forma. El discurso del diputado en el tercer acto no puede menos que afirmarlos en la convicción de que es correcto pensar que "hay que hacer algo" cuando se está borracho y todo se olvidará al día siguiente. Y lo mismo puede aplicarse a los demás parlamentos moralizantes del acto. Pero en el caso de que ésta sea la posición de Basurto, es evidente que no es un autor honrado y que su teatro nunca tendrá dimensión artística ni se acercará jamás ni remotamente a lo que el verdadero arte —que exige por sobre todas las cosas sinceridad— debe ser, quedándose en mero divertimento sensacional, con gran éxito económico, para un público deseoso de ver obras *picantes*.

La dirección de Fernando Wagner apo-

ya muy claramente todos los elementos sensacionalistas de la obra y dentro de este tipo de efectos está llena de innegables cualidades. Wagner mueve a los actores con increíble habilidad y soltura y acierta siempre con respecto al tono y ritmo que cada una de las escenas requieren.

El numeroso reparto cumple en general aunque probablemente contribuye involuntariamente a subrayar la superficialidad del texto adoptando siempre las particularidades más evidentes de cada uno de los *típicos* personajes.

La escenografía de Antonio López Macera, apropiada y de buen gusto, contribuye a crear ese ambiente que tanto le interesa al autor, a pesar de los innumerables anuncios de refrescos que la ocultan parcialmente.

MARGARITA QUIJANO TERÁN, *La Celestina y Otelio*. Ediciones Filosofía y Letras, 15. Imprenta Universitaria. México, 1957. 179 pp.

En esta obra de literatura dramática comparada, la autora se propone demostrar que es falso, por apasionado, el juicio de muchos críticos españoles, que ha llegado a atribuirle ventajas parciales a *La Celestina*, de Rojas, sobre las principales producciones de Shakespeare.

El diálogo en *La Celestina* tiene una función retórica y no dramática; en *Otelio* es un instrumento necesario para la solución de los múltiples problemas que plantea la construcción dramática. En Rojas hay una definida finalidad moralizante que asoma continuamente aun a pesar de lo que sus personajes quieren y ejecutan; en Shakespeare no hay otro fin que el de crear obra artística. *La Celestina*, como personaje, es simple, de una pieza: no evoluciona, lo que es contrario a la realidad; los personajes creados por Shakespeare son intrincados, incontrolables, libres, sujetos sólo a las circunstancias que tratan de modificar: son reales, en fin. Esto viene a ser, en resumen, lo que el presente estudio expone detalladamente con estilo claro y técnica segura.

Sin negarle a *La Celestina* las indiscutibles excelencias que posee, Margarita Quijano Terán deja malparados a críticos de la talla de Marcelino Menéndez y Pelayo, que han juzgado en este asunto más como españoles que como críticos.

A. B. N.

LIBROS

ROMANO GUARDINI, *La esencia de la concepción católica del mundo*. Prólogo y traducción de Antonio Gómez Robledo. Dirección General de Publicaciones, (Ediciones Filosofía y Letras, 16.) México, 1957. 71 pp.

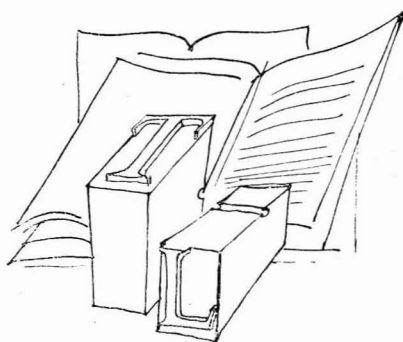
Este libro explica claramente lo que es una concepción del mundo, y, además, estudia en concreto la católica.

La naturaleza se rige en todos sus movimientos, por peculiares leyes, que dan este carácter a los diferentes acontecimientos, y que, a su vez, no son más que modificaciones de leyes universales inmovibles.

Una visión desapasionada, una contemplación pura de la totalidad funcional del universo es lo que vendría siendo el propósito de una concepción del mundo, desde luego que con ciertas características y direcciones: "En esto consiste lo que está presente en una concepción del mundo: aquella unidad última en la cual la totalidad de lo singular y la del conjunto están en conexión recíproca y dadas una con la otra".

Una concepción del mundo difiere del conocimiento metafísico, en la manera de ver el mundo en su peculiaridad y concreción históricas, ver el presente suponiendo el pasado y calculando el futuro, no es una visión de la esencia del mundo en general, sino un enfrentarse ante una etapa evolutiva y concreta del mundo para valorarla en conjunción con el todo. La concepción del mundo no es una ciencia histórica, por lo que no pretende conocer un acontecimiento por simple reflexión sobre "conexiones psicológicas, sociológicas o económicas" sino, más bien, considerarlo como un hecho viviente. Al señalar un aspecto de la concepción del mundo en función con la mirada de la totalidad del ser, se toma en cuenta un ser determinado concretamente y percibido como afán. "No le concierne el sistema general de valores y requerimientos, sino el afán concreto que en este mundo se plantea al hombre, y la obra que en este mundo se demanda del hombre".

La concepción del mundo es un ver, y no un obrar; un ver, un intuir, una oposición: hombre-mundo: "Puede por cierto, y aun debe esta mirada estar animada



de todo el ardor que se quiera, pero será un ardor de la visión y no de la acción".

Si partimos de que su autor es un individuo católico y creyente, su fundamento será la "Revelación cristiana": Ha existido un hombre que nos ha revelado la palabra de Dios y ese hombre ha sido su hijo Jesucristo, que es Dios también.

Todo conocimiento exige de parte del sujeto que conoce una capacidad de acuerdo con el objeto conocido o por conocerse; para una concepción católica del mundo, ésta sería la fe. A pesar de que el autor se detiene muy someramente en este punto, con todo, afirma el hecho de que la revelación es la visión del mundo que nos ha sido comunicada, y para tener tal visión es necesario decidirse a imitar a Cristo, necesario tratar de ver el mundo con la mirada de Cristo.

Por último quedan dos cuestiones: primero, si la concepción católica o cristiana (sinonimia que establece el autor) del mundo, es la única: "debe responder a la pregunta de si no habrá también, por ejemplo, una concepción del mundo helénico-politeísta, budista o mahometana. En un sentido provisional, es éste un caso evidente, pues sin duda alguna descúbrese en estas actitudes religiosas una imagen del mundo; pero en un sentido definitivo acaso no sea así". Segundo, la tipificación: ¿Es la concepción del mundo un tipo o una multiplicidad típica? Son tipos definitivos "solamente los que, con preferencia a todo lo demás, determinan la manera como las cosas son y como aparecen, es decir, formas fundamentales del ser y del conocer, y en conexión, por tanto, con datos primarios de orden psicológico, lógico y aun metafísico".

J. M. L.

LAURETTE SÉJOURNÉ, *Pensamiento y religión en el México antiguo*. Breviarios, 128. Fondo de Cultura Económica. México, 1957. 220 pp.

La autora, que es arqueóloga del Instituto de Antropología e Historia de México, ha estudiado a fondo los símbolos usados por los antiguos pueblos nahuas. Producto de sus investigaciones, nos ofrece este libro en que realiza un trabajo de interpretación lleno de vida y originalidad. Por desgracia la misma independencia de criterio que le permite trazar un cuadro extraordinariamente bello y luminoso de las concepciones religiosas y filosóficas de los antiguos toltecas, la hace cometer más de una grave injusticia respecto de la civilización azteca.

La práctica de los sacrificios humanos impresiona demasiado a Laurette Séjourné, lo que tiene por efecto impedirle buscar una explicación congruente al hecho de que perpetrara tales atrocidades una sociedad que sustentaba elevados ideales religiosos. Mejor que arrojarle a cortar el nudo del problema, como lo hace, diciendo que el pueblo de Huitzilopochtli "traicionó a Quetzalcóatl", sería tratar de comprender las causas de la tremenda voluntad de poder temporal de los aztecas. Entonces la contradicción que muestra esa gente entre sus aspiraciones religiosas y su conducta, podría, ciertamente, causarle horror; pero no podría desconcertarla. Los pueblos que han profesado las más altas religiones han presentado, aunque no a tal extremo, contradicción semejante, que asimismo sería posible calificar de "traición": los judíos degollaban al amparo de Jehová Dios, y los cristianos han atropellado al mundo entero llevando en una mano la cruz y en la otra la espada.